



VIRTUTEM
FACTIS,
NATURAM
SCRIPTIS
COLLEGIT DOCVIT



Mutis o la trampa de la *Mutisia Clematis*

ÁNGELA MARÍA PÉREZ MEJÍA

Universidad de Brandeis

Investigación fotográfica: Patricia Londoño Vega

El mal de América es una afección que ataca a ciertos habitantes del viejo mundo. Se manifiesta como un anhelo de espaciar más allá del océano y de lo conocido, hasta alcanzar un Nuevo Mundo: un afán ambiguo, en verdad.

Los días y la obra de Agustín Codazzi, Giorgio Antei

Comprendí que debía liberarme de las imágenes que hasta entonces me habían anunciado las cosas que buscaba: sólo entonces lograría entender el lenguaje de la Ipazia.

Ciudades invisibles, Italo Calvino

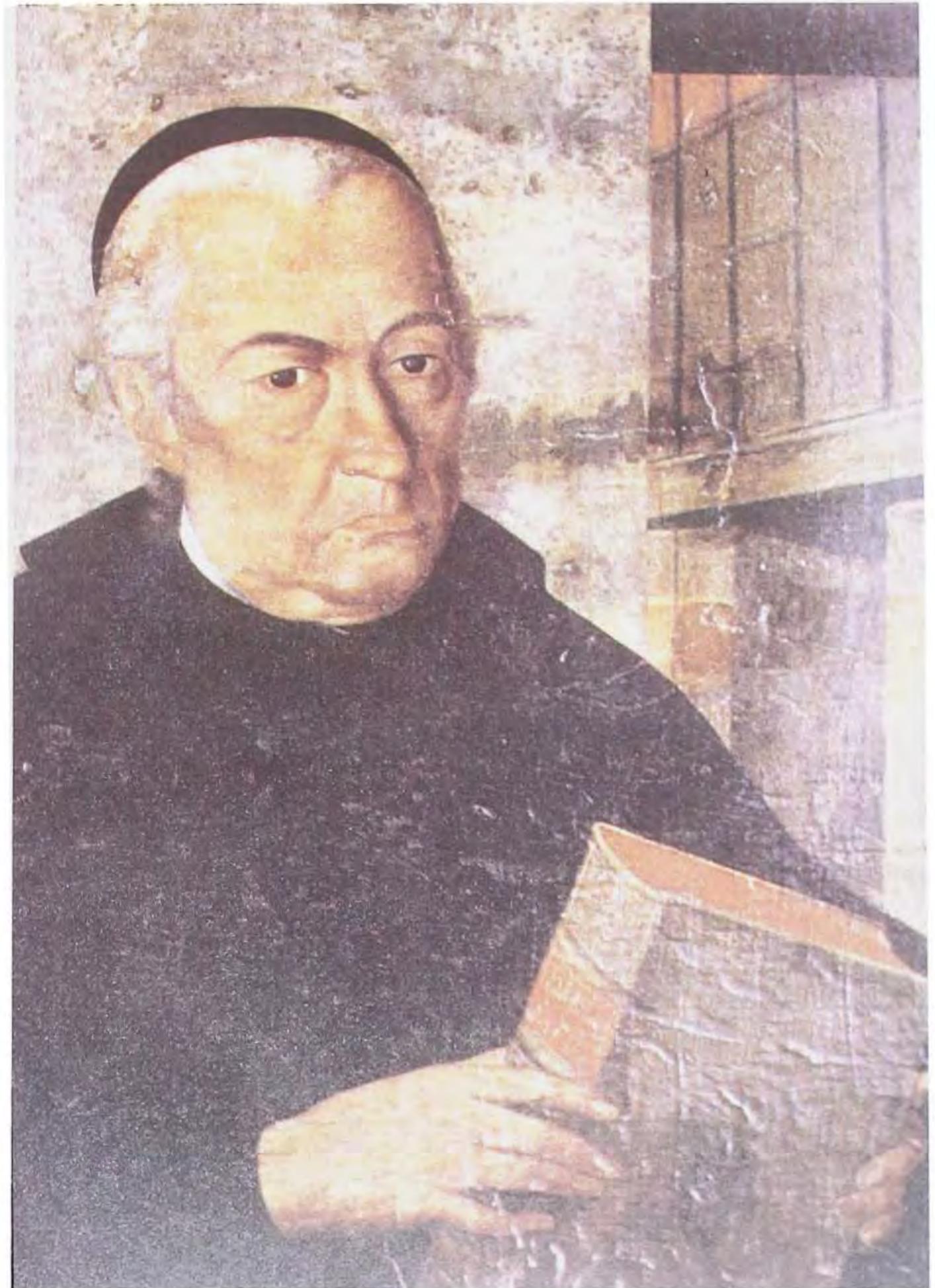
EXISTEN MUCHAS PINTURAS Y ESCULTURAS que recuerdan a José Celestino Mutis. No en vano pasó veintidós años rodeado de una tropa de pintores, dibujando la flora de la Nueva Granada. También él quedó eternizado en varias pinturas y ahora preside salones de museos y universidades, de tal manera que se puede suponer que la imagen es inmediatamente reconocible para los colombianos. Hay una pintura particularmente común que adornaba mi libro de ciencias naturales de tercero elemental. Era la pintura de un hombre viejo suspendido en un pedestal de mármol, rodeado de instrumentos de medición y libros de anotaciones botánicas. Una planta enredadera, que parece salida de uno de los libros que rodean al personaje, subía por la base del busto y delicadamente se posaba sobre su cuerpo. Debajo se leía: "Mutis: sabio y precursor de la independencia" (véase ilustración 1). Sobra decir la curiosidad que me causaba ese prócer sin armas ni uniformes, delicadamente tocado por una flor. En la lectura de los informes de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada (Villegas, 1992) he llegado a satisfacer mi curiosidad. La planta se llama *Mutisia Clematis*, en honor del sabio, por supuesto, y la bautizó así nada menos que Linnaeus (o Linneo). La pintura es de Salvador Rizo, uno de los pintores más destacados del grupo de la Real Expedición Botánica, de la que Mutis fue gestor y jefe. La realizó en Santafé de Bogotá, en el taller de la expedición, donde se organizaron los innumerables herbarios de la flora de la Nueva Granada, siguiendo los sistemas de Linnaeus. Rizo lo vio así pocos años antes de morir: en el pedestal de mármol donde se coloca a los patriotas muertos y envuelto por una planta que no sale de la tierra sino del papel; a su izquierda un astrolabio, a su derecha el tratado sobre las quinas, y con una inscripción en latín que dice: "Virtutem Factis, Naturam Scriptis Colere Docuit" (Enseñó a respetar la virtud de los hechos y los escritos de la naturaleza). Mutis en realidad pasó sus últimos días rodeado de estas cosas que Rizo seleccionó para su pintura y padeciendo, entre muchos otros achaques, el mal de América, esa enfermedad literaria que se supone ataca a los viajeros europeos que se atreven a cruzar la zona tórrida y que los condena a no poder regresar jamás a Europa¹.

Esa pintura de siempre reúne elementos simbólicos de las líneas que me propongo relacionar en esta lectura del *Diario de observaciones (1760-1790)* de José Celestino

Página anterior:

Retrato alegórico de José Celestino Mutis, atribuido a Salvador Rizo. Se conserva en el Museo 20 de Julio, Bogotá. (*La ruta de Humboldt. Colombia y Venezuela*, t. II, Santafé de Bogotá, 1994).

¹ Desde el "descubrimiento" del continente americano por los europeos, los viajeros de ese lado del Atlántico han padecido una atracción irresistible por esa inmensa promesa que en sus variadas formas ha sido América. Muchos de ellos no hallaron jamás su camino de regreso y cambiaron su viaje por una residencia. Esto ayudó a continuar una leyenda antigua: "Los cosmógrafos de la antigüedad, desde Aristóteles hasta Tolomeo, aseguraban que de los cinco círculos en que se divide la Tierra, el tercero, correspondiente a la zona tórrida, no era habitable. ¡Ay de los europeos que osaran acercarse a la línea equinoccial! [...] Pero ¿cómo resistir al llamado de la Zona Tórrida si en una de las montañas que la conformaban, situada hacia el fin de occidente, se hallaba el Paraíso Terrenal? Esa fabulosa y paradójica creencia fue reavivada por los grandes viajes del descubrimiento. Las indias occidentales se exhibían alrededor de la línea equinoccial, y sin embargo parecían habitables. Y bien, ¿quería decir eso que los europeos podían transitar indemnes por tales regiones? De ninguna manera. El Nuevo Mundo era sí habitable, más a condición de no querer volver jamás al Viejo. En efecto, aquellos que se aventuraban hasta la zona tórrida contraían un síndrome que les impedía alejarse de ella: el 'mal de América (*Morbus Americae*)'" (Antei, 9-10, 1993).



Retrato de José Celestino Mutis de autor anónimo, Museo Nacional, Bogotá. (*Historia de Colombia*, vol. 6, Bogotá, Salvat).

² Todas las citas del diario están sacadas de la edición definitiva de Guillermo Hernández de Alba, *Diario de Observaciones de José Celestino Mutis (1760-1790)*, segunda edición, 1983, hecha por el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. Se usa, además, "La vigilia y el sueño de las plantas", texto que fue anexado a la Biografía de Mutis escrita por Gredilla, en la edición de 1982. Gredilla explica cómo este texto fue escrito por Mutis como parte de su diario personal, pero nunca antes editado en ese contexto por ser considerado por los editores un texto de interés exclusivamente científico. Fuera de estos textos, existen publicaciones gráficas y numerosos documentos pertenecientes a la Expedición Botánica escritos por Mutis pero que no serán estudiados en el presente trabajo. *El diario* y *La vigilia y el sueño*, como se verá en el análisis, están poblados a su vez de documentación botánica, pero fueron escritos por Mutis como su diario personal de viaje, que mantuvo separado de sus documentos de trabajo.

Mutis². En primer plano, el viajero español ilustrado al que la historiografía convierte en "precursor" de la independencia de la Nueva Granada, subiéndolo al pedestal incluso antes de morir. En la base, los instrumentos utilizados para crear ese texto sobre la naturaleza que es la geografía, los libros en los que se clasifica la realidad desconocida dentro del nuevo código de Occidente. Envolviendo al botánico, la *mutisia*: esa naturaleza enredadora que se apodera por completo del *Diario de observaciones*, de la misma manera como se tomó la vida del personaje. Esta pintura resume un libro de viaje que, como tantos, es también el relato de un viaje interior, de una transformación provocada por la realidad que se visita. Leer ese texto bajo la perspectiva de la subjetividad, el deseo y las transformaciones que se hacen presentes en el diario, permite mirar otra faceta del ambiguo deseo de los europeos afecta-

dos por el mal de América, y contribuye al análisis de cómo los textos generados por los viajes contribuyeron a la formación de una geografía nacional y a la retórica de los discursos de independencia.

EL VIAJERO ILUSTRADO

Mutis nació en Cádiz. Este puerto sobre el Atlántico tuvo una particular importancia para el siglo XVIII español, que comenzó defendiendo su imperio en un mar infestado de piratas y corsarios y finalizó a las puertas de la pérdida de sus colonias en ultramar. Entre tanto, se daba una redistribución de poderes en Europa y una reorganización dentro de los países en la que la ciencia desempeñaba un papel esencial. España, en su interés por rediseñar la enseñanza, creó instituciones como el Colegio de Cirugía de Cádiz, donde estudió Mutis, y en el cual las pautas sobre la experimentación de la naturaleza dadas por el padre Feijoo tuvieron la mayor resonancia entre los botánicos³. Como científico, Mutis dejó una obra de dimensiones tan gigantescas, que hasta hoy no ha sido publicada en su totalidad. Internacionalmente tuvo el respeto de sus contemporáneos, mantuvo correspondencia con diferentes científicos del mundo, en particular con Linnaeus, lo que les permitió a ambos hacer uso de sus investigaciones, además de alcanzar una amistad conmovedora sin jamás haberse conocido personalmente. La correspondencia la comenzó Linnaeus cuando ya Mutis estaba en Santafé, y a través de ella se puede observar cómo Mutis representaba para el botánico de Upsala un emisario directo a ese paraíso que para su ciencia representaba América. En la última carta que Linnaeus le escribe a Mutis, le dice:

Ojalá volvieras salvo a Europa que por tus cartas veo que regresarás, con plantas y las observaciones que sobre ellas has hecho, más rico que el mismo Creso con sus tesoros. Ojalá en esta vida me fuera dado verte personalmente siquiera una vez, ahora cuando tornas como del paraíso. Ciertamente, si volvieras, por causa tuya me atrevería a emprender un viaje a España, a pesar de que me lo impiden la vejez y la muerte que no puede tardar. [Gredilla, Biografía, 1982, 9]

Nunca se encontraron, porque Mutis no regresó del paraíso y la muerte no hizo esperar a Linnaeus.

Se sabe que Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland cambiaron sus planes de viaje para ir a conocer a Mutis a Santafé, donde empezó una larga admiración de los científicos que a menudo se referirían a Mutis como el botánico más importante de América⁴. Años después le dedicaron su *Geografía de las plantas*, en cuya presentación se preguntan:

¿Pero qual es el grado de bondad de cada una de estas especies? ¿De que virtudes se hallan dotadas y que estimacion merecen de nuestra parte? [...] He aqui unas questiones importantes cuya solución está reservada á los profundos conocimientos del ilustre Mutis. [...] ¡Quantas relaciones! ¡Quantos caracteres! ¡quantas luzes necesarias para distinguirlas nos daría este Linné del nuevo mundo! [Gredilla, 1982, 119]

Lo curioso es que, además de establecer la relación Mutis-Linnaeus, Humboldt y Bonpland ven al Nuevo Mundo como el "lugar" de Mutis. Para ellos él es parte del paraíso y no su visitante. Mutis es, sin lugar a dudas, un viajero europeo dentro de la línea de los que contribuyeron a la reinención científica de la América equinoccial. No obstante, sus circunstancias fueron peculiares. Venía de España, donde la Ilustración tuvo sus matices diferentes⁵. No llegó enviado por la corona a investigar, a la

³ Además de los conflictos de la política interna y externa que afrontaron los diferentes sucesores al trono en España y que marcaron el siglo por sus conflictos, durante el XVIII el país experimentó una transformación interna en las instituciones civiles, eclesiásticas y en particular en los centros de enseñanza, que influenciaron entre muchas otras cosas a los científicos. El padre Feijoo, aunque fiel a su tradicionalismo eclesiástico, se convirtió en la figura más receptiva del conocimiento experimental, y esto fue clave para los viajeros de la época. La bibliografía sobre la Ilustración en España es extensa pero el texto de Gaspar Gómez de la Serna sobre *Los viajeros del siglo XVIII en España* contiene información específica concerniente al tema.

⁴ Humboldt participó, además, en la defensa de Mutis frente a la discusión que se desataría años después entre Mutis y Sebastián López Ruiz acerca de quién había descubierto la quina en los alrededores de Santafé de Bogotá. En la carta escrita por Humboldt a López Ruiz y que se encuentra entre los papeles de Mutis, el científico alemán escribe: "Pero la franqueza que es natural a mi nación, y a mi carácter, me fuerza de añadir que aquel gusto ha sido interrumpido muchas veces en los pasajes, que concierne al celebre naturalista de Santa Fé con el cual me veo enlazado, por los mas estrechos vínculos, de amistad y de agradecimiento" (Gredilla, 113).

⁵ El siglo XVIII español y su papel en la Ilustración europea es de suyo un tema y una polémica. Gaspar Gómez de la Serna afirma en su libro *Viajeros de la Ilustración* que una primera ojeada a la estructura histórica del siglo XVIII nos avisará, antes que nada, de su tardía entrada en las aguas de la historia como tal del *siglo de las luces*. En realidad, los conflictos de protección marítima y territorial del vastísimo imperio y los innumerables conflictos internos, hicieron que no fuera hasta Carlos III (1761) que el despotismo ilustrado se ocupara de proyectos científicos.



Humboldt en su biblioteca, 1856. Litografía según una acuarela de Eduard Hilderbrandt. (*Alexander von Humboldt. Inspirador de una nueva ilustración en América*, Instituto Ibero-Americano, Berlín, 1988).

⁶ Jean Baptiste Boussingault fue un viajero francés invitado por el gobierno de Colombia para hacer un viaje y un diagnóstico geográfico de las nuevas repúblicas. Su libro *Viaje científico a los Andes ecuatoriales, o colección de memorias sobre física, química, e historia natural de La Nueva Granada, Ecuador y Venezuela*, París, Librería Castellana Lessere, 1849, es un tratado de geografía y una descripción de costumbres. Este texto prolonga la obra de los científicos del siglo XVIII y participa de una nueva modalidad de libros de viajes sobre Latinoamérica que se hará muy popular en el siglo XIX. En este tipo de textos se incluyen las descripciones de las costumbres locales además de la información científica y de informes sobre posibilidades de explotación comercial.

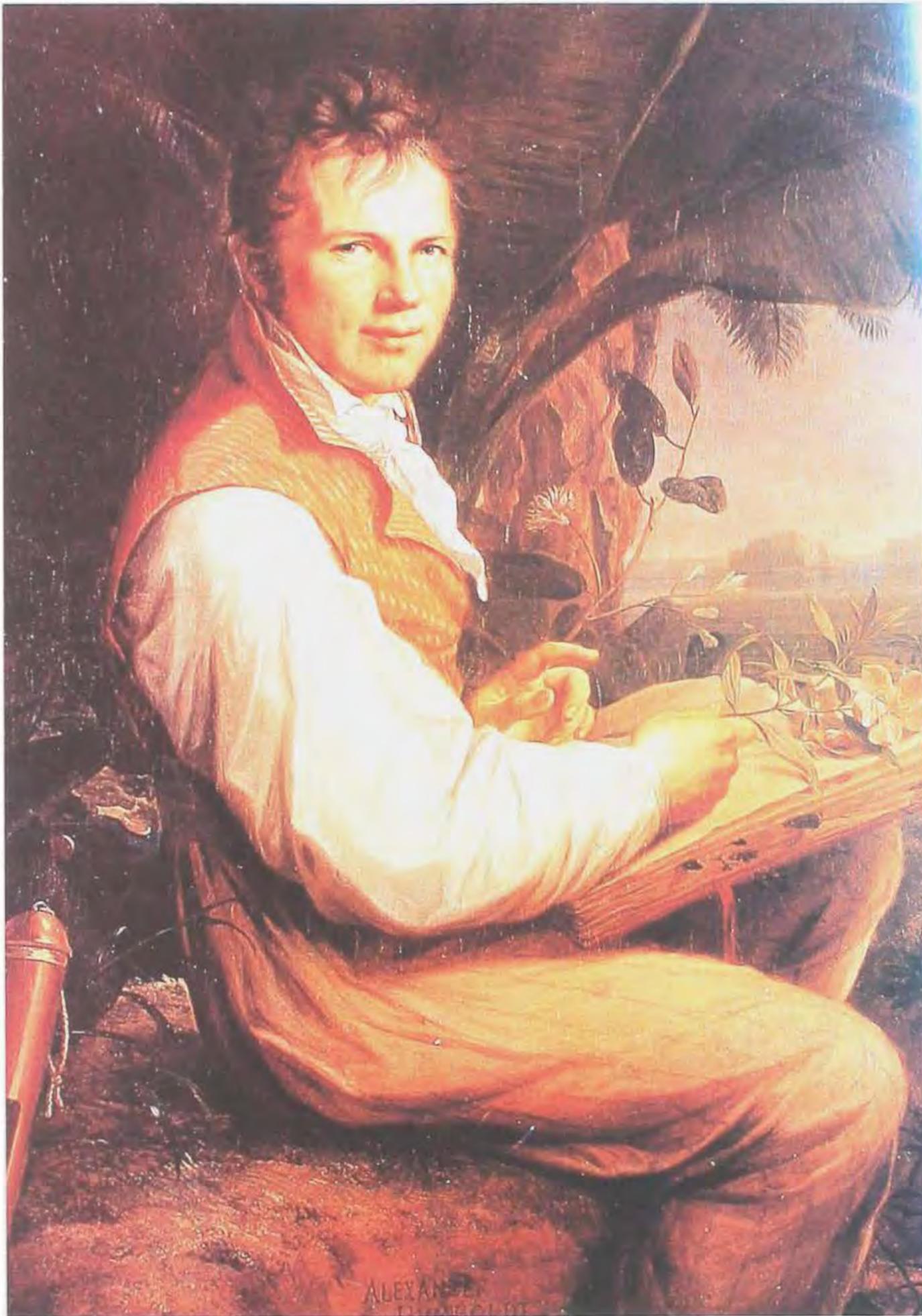
⁷ En el momento de la muerte de Mutis, la Nueva Granada se encontraba en plenas guerras de independencia. Los archivos de la Expedición Botánica se enviaron a Madrid y muchos se perdieron. Su publicación ha sido poco sistemática y extremadamente tardía. Mutis es un personaje bastante desconocido en España pero recordado como prócer y sabio en la presente Colombia. El historiador colombiano Guillermo Hernández de Alba se ha encargado del estudio minucioso de sus documentos,

continúa

manera de La Condamine, o en misión diplomática, como Boussingault⁶, ni viajó como jefe de una expedición científica, como Humboldt. Tal vez lo más esencial sea que nunca regresó a Europa para dar a conocer su obra, nunca la sintió terminada ni le dio forma final al texto. Nunca sintió que estaba listo para regresar del paraíso y contar su relato de lo visto. Sus exhaustivos trabajos quedaron navegando entre los patrimonios de España y la Nueva Granada/Colombia, en una especie de limbo en el que hasta hoy vive su nombre. Toda la obra de Mutis fue enviada a España, por orden de la corona, al producirse el triunfo de la independencia, pero es en Colombia donde se le recuerda como prócer, aunque, de todos modos, su figura es de alguna manera patrimonio de ambos países⁷.

Mutis sale hacia América en 1760, en calidad de médico privado del virrey Pedro Messía de la Cerda, y pasarán 28 años antes que sus súplicas a la corona para que le patrocine su sueño científico sean escuchadas. El *Diario de observaciones* de Mutis comienza en 1760, y en 1763 y 1764 envió las primeras cartas al rey de España solicitándole apoyo para realizar una historia natural del Nuevo Reino de Granada. En las cartas, Mutis se ubicaba dentro de la situación internacional, como parte de su argumento para conseguir el dinero:

Si las demás Naciones, que poseen en la América algunas Colonias ó establecimientos han adquirido desde sus principios un cabal conocimiento de todo lo que les produce el suelo de aquellas Posesiones, como es bién notorio por sus bellas historias bién impresas especialmente en este siglo, deberá atribuirse no solamente al buen gusto del bello dia que tan temprano les amaneció, sino también a la facilidad con que pudieron executarse aquellas expediciones. [Gredilla. Biografía, 43]

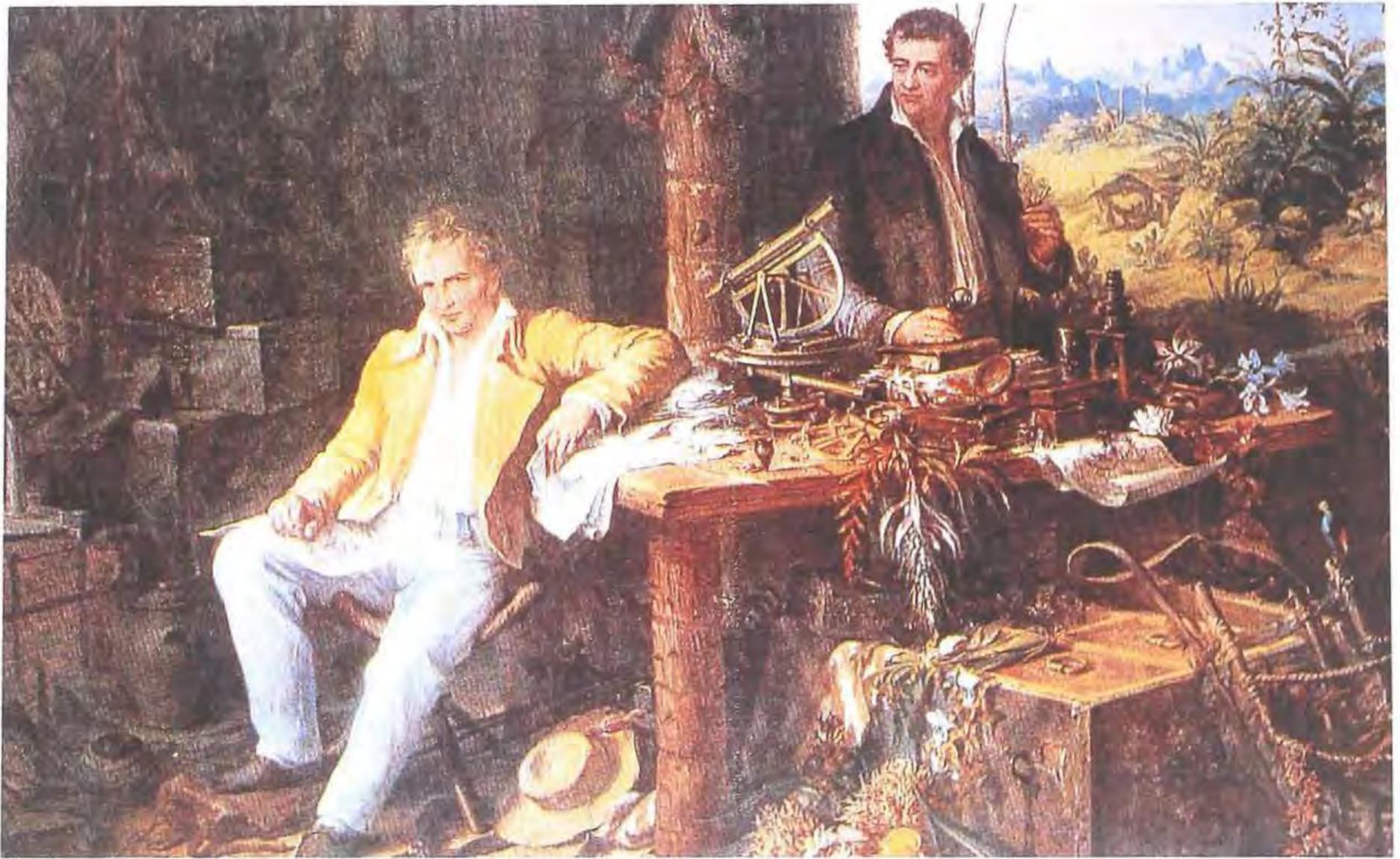


Retrato de Alexander von Humboldt, óleo de Friederich Georg Weitsch. (*La ruta de Humboldt. Colombia y Venezuela*, t. I, Santafé de Bogotá, 1994).

Esta carta al rey de España, extenso documento transcrito por Gredilla, es particularmente relevante para este estudio, porque en ella Mutis describe su proyecto personal en América como una contribución a la gloria nacional española y al avance del saber europeo:

[...] hallandome impensadamente solicitado para seguir á vuestro Virrey en calidad de su médico, me resolví abandonar proyectos, comodidades y quanto podia ofrecerme mi establecimiento permanente en esa Corte, deseando dedicarme enteramente a la formacion de la Historia Natural de la América, gloriosamente empezada por la magnificencia de Sr. D. Felipe Segundo [...] La Historia Natural de la América por quien tanto suspira la Europa sabia, es obra de un monarca como V.M. [Biografía, 44-45]

que se encuentran en su mayoría en el Real Jardín Botánico de Madrid, y fue uno de los directores de éste, Antonio Gredilla, quien escribió la más citada biografía del sabio. El Jardín Botánico de Bogotá lleva su nombre y en las celebraciones de los 500 años del descubrimiento de América esta institución creó un programa llamado Regreso a la Expedición Botánica, cuya función única es la divulgación de su producción. Para 1992 ambos países hicieron hermosas ediciones del material gráfico de la expedición e intentaron una recuperación artística de las láminas que se conservan.



Humboldt y Bonpland durante expedición al Orinoco. (*Le grand livre des explorateurs et des explorations*, París, 1991).

Continúa ponderando el bien que haría a España ponerse a la par con las otras naciones europeas, además de hacerle pormenorizados análisis de la agricultura de la Nueva Granada y de repetirle hasta la saciedad que la riqueza de las colonias no era sólo minera sino también agrícola. Al presentar su proyecto, Mutis no sólo hace una historia del viaje científico a América durante los tres siglos de la Colonia, sino que está usando la retórica de muchos de esos textos de viaje donde América era presentada a la corona española como fuente inagotable de riquezas. A pesar de los convincentes argumentos y de que la carta iba acompañada de una de confirmación del virrey Pedro Messía de la Cerda, la corona española no aprobó el dinero para la expedición. Esto, sumado al exceso de trabajo como médico, se convirtió en una frustración para Mutis, que había salido de España convencido de que su proyecto botánico en América sería viable gracias al apoyo del virrey:

Es imponderable la multitud de obstáculos que continuamente ocurren á interrumpir mis tareas literarias en asunto de historia natural. Apenas me queda tiempo para ocuparme en estas materias, ni sirviéndome de poco desconsuelo la justa desconfianza con que sospecho frustrados mis proyectos. Pensaba yo desde España [...] investigar la Quina. Dióme motivo a esta fundada conjetura la seguridad con que me prometió el Virrey que á pocos días de nuestra llegada me destinaría á esta empresa. El silencio que ha guardado S. Ex. conmigo sobre este punto, y la necesidad que ha manifestado de mi persona para la conservación de su salud á D. Felix de la Sala, me confirman la desconfianza con que miro cerradas todas las puertas á la pretensión que pudiera yo entablar solicitando algunas salidas. [Diario, t. I, 100]

Mutis empieza a desconfiar de que el virrey fuera a serle de utilidad alguna para su empresa y, paralelo a esto, las autoridades locales, que han descubierto los enormes conocimientos de Mutis, comienzan a reconocerlo y a darle oportunidades académi-

cas. En 1762 tomó posesión de la cátedra de matemáticas en el Colegio del Rosario de Santafé de Bogotá, la cual ocuparía hasta 1766 y que fue el primer lugar del reino donde se impartieron los conocimientos matemáticos de Newton y la física empleada en la explotación de minas.

El proyecto de impulsar una historia natural de América se fue convirtiendo, entonces, en un proyecto personal. Paralelo a esto, Mutis se ordenó sacerdote en 1772; es decir, unos diez años después de su llegada a América. Durante los años siguientes el empecinado botánico se hizo, además, dueño de minas, lo que le dio la oportunidad económica para empezar su empresa a título personal. Finalmente, en 1782, el entonces virrey Caballero y Góngora conoció a Mutis encerrado en su casa de Mariquita trabajando en su obra *La flora de Bogotá*. Enfurecido por la noticia de que les habían concedido a otros científicos extranjeros el derecho a visitar las colonias, el virrey le escribe a Carlos III criticando su decisión que “le arrebatara así a los españoles el legítimo orgullo y gloria de sus descubrimientos” (Gredilla, *Biografía...*, 139), y antes de recibir respuesta nombró por sí mismo una comisión científica provisional con el título de Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada⁸.

La expedición empezó oficialmente en 1783 con varios dibujantes y herbolarios que se trasladaron a Mariquita, donde se hizo la recolección, dibujo y descripción científica de miles de especies botánicas y animales. Mutis registró con infinita paciencia, en su diario personal, todos los progresos y trabajos del grupo hasta el año 1790. En el momento de su muerte, en 1808, la sede de la expedición en Santafé de Bogotá se había convertido en un centro de estudios astronómicos, zoológicos y botánicos, donde el grupo de trabajo continuó a pesar de la ausencia de su gestor. La historiografía colombiana siempre ha relacionado la Expedición Botánica con la Independencia, en cuanto a la influencia que las nuevas ciencias tuvieron en la formación de una conciencia criolla⁹. Además, de allí salieron personajes que cumplirían un papel protagónico: Jorge Tadeo Lozano, zoólogo, desertó del ejército español para unirse al patriota y fue fusilado; Francisco Antonio Zea, científico, sufrió deportación y prisión en Cádiz por colaborar con la causa independentista; Salvador Rizo, pintor, luchó en el ejército de Bolívar y murió fusilado. Pero la figura que más se destaca es la del astrónomo Francisco José de Caldas, el discípulo preferido de Mutis, fundador del Semanario del Nuevo Reino de Granada, donde se publicaron los trabajos de diferentes miembros del grupo y desde cuyas páginas se atizó la llama independentista. Caldas fue fusilado durante la reconquista del “Pacificador” Morillo.

No obstante, el *Diario de observaciones*, casi dos mil páginas escritas durante 30 años, no da cuenta del espíritu revolucionario que se generó en los talleres de la Expedición. Las páginas escritas durante la época de los levantamientos reflejan los afanes de un científico ensimismado o simplemente el silencio absoluto de los últimos dieciocho años. El *Diario* es una voluminosa recopilación de observaciones en las que, según espero demostrar, el sujeto narrativo sufre una desintegración total, cediendo terreno a la representación de la naturaleza (la mutisia) que en un comienzo era un objeto más de observación para el ilustrado y al final se apodera del texto y desplaza al sujeto.

LA SUBJETIVIDAD FRENTE A LA “MUTISIA”

Cualquiera que sea el género de un relato de viajes, todos ellos son testimonios que buscan representar un mundo desconocido con pretensiones de objetividad, pero, en mayor o menor grado, están invariablemente habitados por esa primera persona del autor que se convierte en eje de la realidad visitada. Ésta es una de las circunstancias que hacen tan complejo el concepto de la representación en la escritura de viajes. El viajero es a la vez representador y representado, reportero y legislador, y en todo

* La Expedición Botánica se ha leído como un proyecto de los Borbones ilustrados para continuar con la obra *Historia natural de América*, iniciada durante el reinado de Felipe II y continuada durante Fernando VI, que pretendía básicamente encontrar productos que le permitieran a España competir con Inglaterra y Francia en los nuevos mercados internacionales. (González Pérez, *La Ilustración en la Nueva Granada*, 24). Se crearon, además, expediciones botánicas en el Perú, en 1777, bajo la dirección de José Pavón e Hipólito Ruiz; en México, en 1787, orientada por Sessé y Cervantes.

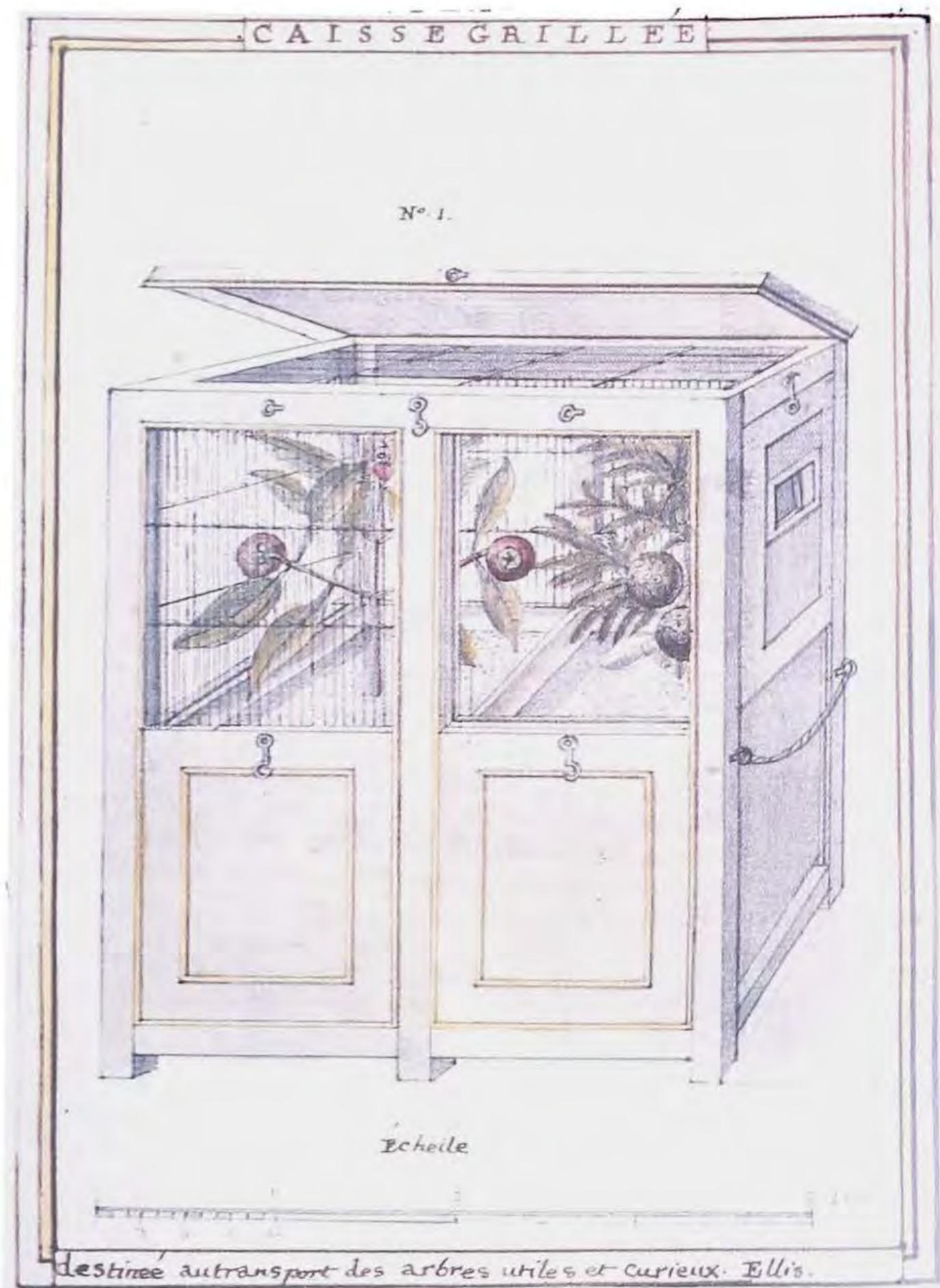
⁹ “Una institución representativa de la Ilustración en el Nuevo Reino, muy ligada a la Revolución de Independencia, fue la Expedición Botánica [...] Esta institución se consagró a la investigación y la descripción científica de la naturaleza granadina, convirtiéndose en centro de la cultura nacional y en el núcleo de formación de los hombres más representativos de la generación criolla que forjó la independencia. (*Nueva Historia de Colombia*, vol. II, 11).



Carolus Linnaeus, 1707-1778. (Gerald Durrell, *Guía del naturalista*, Madrid, 1982).

esto está inevitablemente narrándose a sí mismo. El *Diario de observaciones* tiene un objetivo científico, pero en su forma final es también un testimonio de un cambio en la subjetividad de Mutis. En un comienzo lo encontramos radiante de fe en la causa de la ciencia europea; poco a poco esa certeza se va debilitando, y Mutis establece sus alianzas con el avance del conocimiento americano y de su propia fortuna personal. Al final de sus días, Mutis será un silencioso patriarca de las ciencias exactas en un taller donde se gestan protestas revolucionarias contra la corona española.

Entre todos los géneros en los que puede tomar forma la escritura del viaje, el diario personal parece un lugar privilegiado para observar esa representación de sí mismo que se sobrepone a la representación supuestamente objetiva del exterior. El de Mutis es un diario minucioso de 30 años de viaje (1760-1790), que apropiadamente lleva



'Caja para transportar árboles útiles y curiosidades', acuarela de William Ellis para el tercer viaje de James Cook. (Jacques Brosse, *Les tours du monde des explorateurs*, París, 1983).

el nombre de *Diario de observaciones*, en el que el lector puede leer el viaje a la Nueva Granada tanto como el viaje interior que esa experiencia representó.

La primera edición completa del diario de Mutis la hizo Guillermo Hernández de Alba y fue él quien determinó las divisiones bajo las cuales aparece organizado el texto, teniendo en cuenta los intervalos en los que Mutis dejó de escribir. De tal manera el diario queda dividido en: Viaje de Cádiz a Madrid en 1760, Viaje de Cádiz a Cartagena de Indias en 1760, Viaje de Cartagena de Indias a Santafé de Bogotá en 1761, Diario de observaciones en Santafé de Bogotá (1762), y viaje de Santafé a Cartagena de Indias de 1763 al 64. Entre 1766 y 1782 Mutis escribe desordenadamente y realiza diversos viajes dentro del país, de los que mantiene un diario de observaciones inconstante. Entre 1783 y 1790 escribe lo más extenso de su *Diario*, que corresponde a las observaciones de la Real Expedición Botánica, y esta parte

incluso podría cuestionarse si es o no un relato de viaje, ya que básicamente son reflexiones científicas¹⁰. Pero teniendo en cuenta que Mutis, además, escribió una obra paralela con sus diferentes reportes científicos, que no sólo resulta ser mucho más extensa que el diario sino que está organizada de otra manera y maneja un lenguaje distinto en el que incluye exclusivamente fórmulas matemáticas, resultados de estudios y discusiones teóricas, cabe pensar que el diario siguió siendo para él su interlocutor personal.

El relato empieza desde el mismo momento en que Mutis decide venir a América como médico del virrey. Está en Madrid, donde se había doctorado en medicina en 1757, tiene 28 años y ya es un apasionado de la botánica y las matemáticas. Con entusiasmo escribe:

Hoy, 28 de Julio, salí de Madrid acompañado de D. Jaime Navarro que se determina seguirme a la América, a las ocho de la noche con las recuas de los López. A media legua de Madrid, asustado el mulo por el ruido de las cuentas del rosario que iba rezando, me tiró a tierra. Tuve la felicidad de no sacar de este golpe otro daño que un buen aporreamiento de cuerpo. Mi caída fue del lado derecho, y tan fuerte, que aplasté una caja de tabaco que traía en aquel bolsillo, pero salvando la cajita de la aguja imantada que llevaba en el otro. [Diario, 1983, 2].

El viaje apenas si empieza, pero el viajero ya se presenta a sí mismo tal como lo podremos reconocer a través del relato: un minucioso observador que aclara incluso la dirección de la caída, para quien los únicos objetos realmente importantes son sus pequeños instrumentos científicos, que están presentes en todo su diario y permanentemente en su correspondencia. Mutis siempre quiere que alguien le traiga de alguna parte un termómetro muy preciso, o una lupa, o un producto químico. Subiendo y bajando el río Magdalena, sufrirá lo indecible con su enorme equipaje de instrumentos. No es difícil imaginar lo que representaría en aquella época obtener algo que se producía exclusivamente en Europa y que tenía que viajar por mares, ríos y selvas, a espaldas de peones o de mulas, antes de llegarle a su retiro científico de Mariquita.

No deja de sorprender que el médico del virrey, el científico que ya tenía en mente una gran obra para realizar en América, el joven temerario que se embarcaba en uno de los viajes más peligrosos de la época, decida empezar contando un episodio un tanto ridículo de la caída desde un mulo. Mutis se presentará a sí mismo, a través de muchas partes de su relato, como un hombre débil. Durante los viajes de la Expedición, a menudo se queja de su cansancio, de lo largos y complicados que son los viajes, de las incomodidades y penurias. En el primer viaje a Cartagena cae terriblemente enfermo, y en una carta de la que no se conoce destinatario se queja de su destino de mártir de la ciencia:

Los mosquitos, cienpatas, alacranes, culebras, arañas y sabandijas mezclan con indecible amargura los grandes gustos que recibe el averiguador de la naturaleza. [Frías, 1991, Viaje a Santa Fe, 206]

Su cuerpo le falla desde todo punto de vista y de repente escribe: "No hay manos para dibujar todo lo que yo quisiera" (II, 207). Esta afirmación tajante del observador científico puede ser el comienzo de cierto rendimiento ante la naturaleza americana que se convertirá en un proyecto superior a sus fuerzas. Este viajero científico no se caracteriza a sí mismo como figura fuerte capaz de conquistar y dominar lo que visita. En cierta medida esto coincide con la retórica del viajero ilustrado que no tiene fe en sus armas, ni en su fuerza, ni en la religión que imparte, sino en su ciencia, que a menudo se queda corta ante la inmensidad del proyecto¹¹. Estos viajeros de lupa en mano, a menudo se caen y se tropiezan y agradecen al cielo el golpe

¹⁰ De hecho, la edición que más circula del *Diario* es la de Marcelo Frías, que va hasta 1764 y que, además, tiene la ventaja de incluir alguna correspondencia de Mutis. En el prólogo a la edición de Hernández de Alba hay una disculpa ante el lector porque a partir del 64 "se pierde la nota pintoresca del viaje" y en general a Mutis se le recuerda como botánico y no como viajero.

¹¹ En su capítulo sobre Von Humboldt, Mary Louis Pratt explora la representación del sujeto ilustrado en contraposición con la de otros viajeros cuya meta era la de comprar o conquistar. (Pratt, capítulo 6). Según su estudio, el viajero ilustrado, al representarse a sí mismo como un débil científico y no como un fuerte guerrero, está privilegiando su ciencia sobre su fortaleza física. Pero comparando el personaje de Humboldt y el de Mutis, si bien aquel se nos presenta como el ilustrado científico y refinado, es también el que siempre está en control de todas las situaciones, siempre sabe lo que hay que hacer y puede explicar desde su conocimiento todos los fenómenos que observa. Es un sujeto superior que nunca pierde de vista su objetivo científico. El personaje de Mutis, sin embargo, experimenta una transformación en la que su fortaleza científica también se debilita hasta que deja de ser el centro de autoridad del texto.



Jorge Tadeo Lozano, encargado de los trabajos de zoología en la Expedición Botánica. (*Historia de Colombia*, vol. 6, Bogotá, Salvat, pág. 610).

que salvó la lente. Son cazadores de mariposas y recolectores de flores, que han hecho de la naturaleza su objeto de deseo. Tal como lo expresa Mutis cuando lleva a un amigo suyo a ver el árbol de la quina:

El doctor Valenzuela, bien olvidado de los malos pasos, llevaba toda su atención fija en los árboles y las plantas deseando impacientemente la hora de ver la Quina viva en su suelo nativo. Ya se dejan entender los deseos de un botánico para ver una planta, especialmente esta tan justamente celebrada. Ya se acercaba el término de nuestros deseos, llegando a Pantano Goloso, donde abundan los Berros. [Diario, 1983: II, 9]

Como Humboldt, Mutis se rodeará de hombres para sus trabajos científicos. Durante los años de la Expedición, Mutis habla de sus amigos y sus compañeros de trabajo



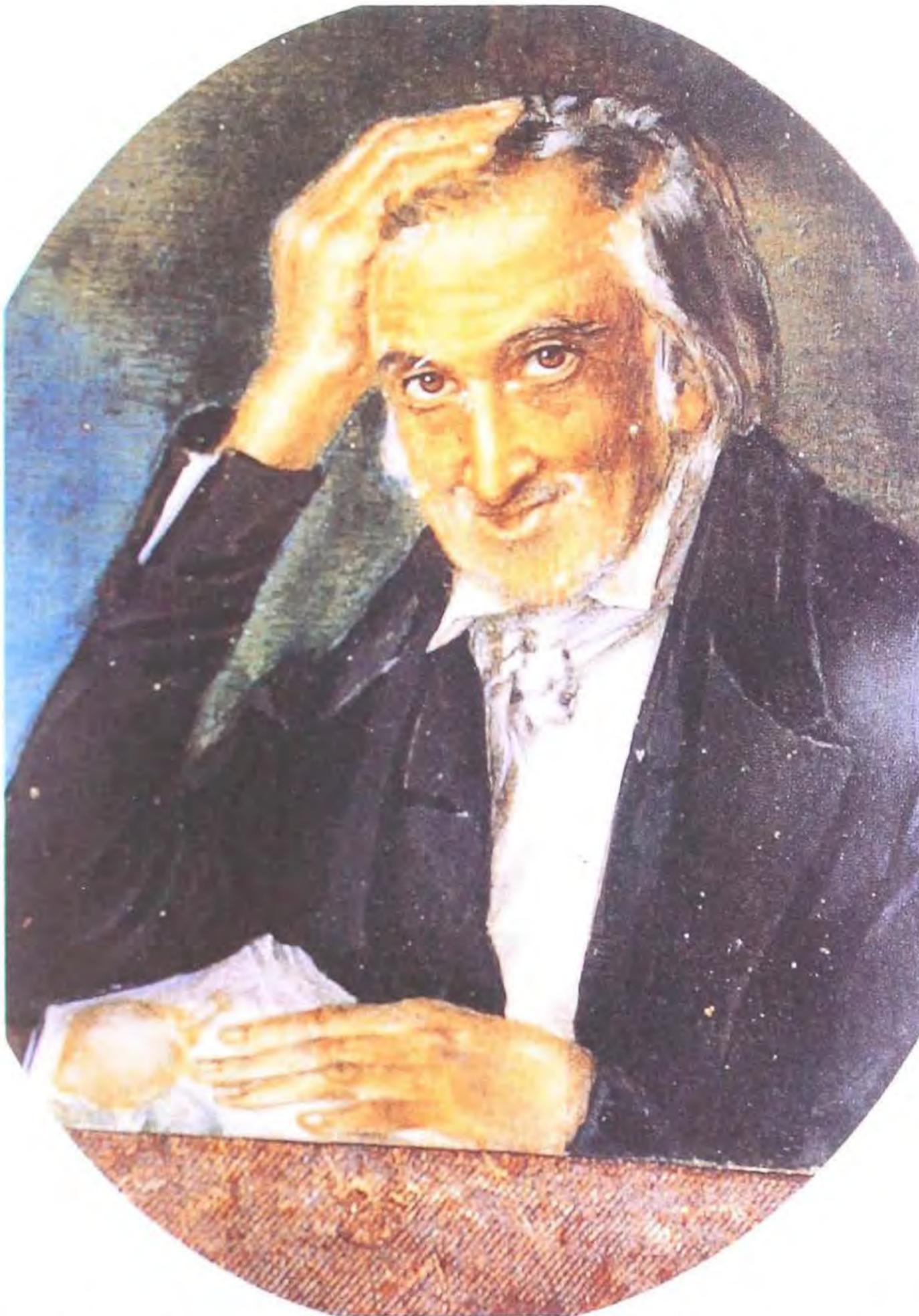
Puente de Mariquita, una de las ilustraciones del libro de Charles Empson, *Narratives of South America*, Londres, 1836. (Tomado de: *La ruta de Humboldt. Colombia y Venezuela*, t. II, Santafé de Bogotá, 1994).

con frecuencia: “Andres Ribero, mi naturalista rústico (II, 289)”, “Roque, mi insigne y amado herbolario (II, 624)”, “Luis Lanneret, mi inseparable compañero (II, 149)”. Desde el momento en que sale para Mariquita, el 29 de abril de 1783, se referirá a su grupo de trabajo como “mi crecida familia” (II, 3). Hay un momento de dolor profundo en su diario cuando narra la muerte del naturalista Roque:

Era fiel trabajador hasta el extremo, sufridor del hambre en las excursiones, duro y firme en los trabajos, mañoso para lograr lo que veía y descubría, atropellando peligros, subiéndose a los árboles por empinados que fueran; resistía la intemperie de la lluvias y soles que se padecen por el campo. En una palabra, era tal yo lo quería y lo necesitaba [II, 626]

¹² Pratt, en su capítulo “Eros and abolition”, explora cómo el deseo del lector desempeña un papel importante en los libros de viajes, entre los que se puede encontrar una línea de “exotic others”. Tiffany y Adams, en su libro *Wild Woman: An Inquiry into the Anthropology of an Idea*, exploran también la creación del “otro” como objeto de deseo del viajero masculino. Ella Shohat, en su paralelo entre la literatura de viajes y el cine de aventuras “Imagining Terra Incognita”, analiza cómo la geografía ha servido para representar al otro como objeto de deseo disponible para la mirada europea, justificando con esto la negación de cualquier autoridad para el subalterno. La literatura de viajes parece ser un lugar privilegiado para la creación de un otro que el lector desea a través de la subjetividad masculina y heterosexual del viajero.

Es en sus herbolarios en quienes ve el ideal masculino del explorador ágil e intrépido; ellos son lo que él necesita pero no es. El sujeto creado por Mutis no corresponde a la imagen del viajero cuya masculinidad le confiere autoridad o que ve al otro femenino como algo eternamente disponible¹². Este aventurero abre su texto con una caída y lo continúa con una penosa enfermedad a su llegada a Cartagena de Indias. Cuando Mutis llega a la Nueva Granada tiene una enorme convicción en su bagaje de ilustrado europeo, pero, como veremos, ni siquiera su fe en la ciencia le será completamente fiel. El texto de Mutis no está organizado en torno al sujeto que retorna para compartir con sus compañeros europeos sus hallazgos y producir un texto totalizante y estructurado que le otorgue autoridad científica, a la manera del de Humboldt. Su texto nunca fue terminado ni organizado en torno a un eje que le diera autoridad discursiva. En esa medida, su subjetividad no se puede asimilar a la línea de viajeros exploradores que regresan con sus tesoros materiales o discursivos para hacer una contribución al avance del saber europeo.



Francisco Javier Mutis, óleo sobre marfil por José María Espinosa. Museo Nacional, Bogotá. (*La ruta de Humboldt. Colombia y Venezuela*, t. II, Santafé de Bogotá, 1994).

Pero la formación de ese sujeto es un resultado más que una condición previa al viaje. Es un proceso que se puede leer a través del texto y que, además, se desarrolla paralelo a una concepción del sujeto científico como tal y a la repercusión que éste tuvo en lo político en el ámbito de la Nueva Granada. El frágil hombre que se cae de la mula será un viejo gruñón y millonario al final de sus días, encerrado en el taller de la Expedición, sin más preocupación que los pétalos cerrados o abiertos de sus plantas. Este diario es el testigo de cómo los deseos e identificaciones del sujeto Mutis sufrieron su proceso de desviación.

Para observar ese proceso podemos dividir el texto en tres grandes partes. La primera correspondería a su salida de España, la llegada a Cartagena, el recorrido por el Magdalena, la primera estadía en Santafé, el regreso a Cartagena y el primer retiro a



Retrato de Francisco José de Caldas. (*Francisco José de Caldas*, Colciencias, Santafé de Bogotá, 1994).

¹³ Varias cosas pueden unir este período. Durante esa época es médico del virrey y comenzará su participación en la vida intelectual de la Nueva Granada. Desde su llegada a Santafé, Mutis se vinculó con las instituciones de enseñanza de la capital del virreinato, donde emprendió innumerables labores. Entre otras, creó el primer programa universitario en medicina, fue profesor de matemáticas, creó la primera cátedra de astronomía y recolectó diccionarios de las lenguas indígenas. El Mutis de esa época representó una conmoción en la vida parroquial del virreinato. Se sabe que fue el primero en enseñar en su cátedra del Colegio del Rosario el sistema de Copérnico en contra del apoyo eclesiástico al sistema de Ptolomeo. Debido a esto, los dominicos presentaron en 1775 un expediente al tribunal de la Santa Inquisición de Cartagena de Indias, acusando a Mutis de "opiniones opuestas a la pureza de la fé católica" (*Biografía*, 59). Pero Mutis fue declarado inocente.

¹⁴ Durante esa época, Mutis abandona su vida de médico y de catedrático, se retira a Mariquita con su grupo, y en torno a sus compañeros y a sus plantas ordena su vida y su relato. Según la biografía de Gredilla, "trabajaban nueve horas al día guardando profundo silencio en la oficina, donde, en lugar respectivo, cada cual se ocupaba en dibujar sobre el papel, ya solamente con lápiz, ya con colores, la planta que tenían delante. El jornal se les pagaba cada semana, deduciendo lo que cada cual había perdido por sus faltas, no justificadas por el director". (*Biografía*, 1982, 153).

Mariquita¹³. La segunda parte empieza el 29 de abril de 1783, cuando Mutis parte de nuevo a Mariquita con su grupo de pintores y herbolarios para empezar el trabajo de la Expedición Botánica, autorizado finalmente por el nuevo virrey. Esta parte comprende innumerables expediciones locales, los relatos de lo que fue el trabajo del grupo e innumerables informaciones botánicas. La última entrada es en un día no especificado de 1790; la entrada anterior había sido en 1785 en Mariquita. El diario de sus treinta años de vida en América se cierra con una frase tan poco concluyente como enigmática: "Día 11. Se halló abierta la tercera flor y ha seguido en los mismos términos" (II, 684)¹⁴.

Durante esos años de silencio escribió un texto que ha sido excluido de la versión final del *Diario de observaciones*, transcrito por Guillermo Hernández de Alba, pero que según el biógrafo Gredilla, es parte del diario. El texto se llama "El sueño y la vigilia de las plantas", y que para efectos de este estudio sería una tercera parte del *Diario*. Este texto, aunque continúa la obsesión científica que ya estaba presente en



Retrato de Francisco José de Caldas. (*Francisco José de Caldas*, Colciencias, Santafé de Bogotá, 1994).

la segunda parte, se diferencia en que allí ya no cabe ningún personaje, ni siquiera el mismo Mutis, y las entradas se reducen a determinar el proceso de unas plantas que duermen y despiertan como humanos y cuya descripción ocupa todos los límites de las páginas.

El sujeto del diario convierte a la naturaleza americana en su objeto de deseo y su personaje, transforma lo más esencial de su subjetividad de viajero ilustrado. Ese deseo de Mutis por la naturaleza americana es a la vez un deseo por el interés científico y por las posibilidades económicas que esa naturaleza le representa. En busca de ese deseo, Mutis llega a dudar del proceso científico y del viaje mismo, lo que se hace presente en el texto en una desintegración total del sujeto narrador. En el momento de salir de España a su viaje por América, habla con la autoridad que le da su fe en la ciencia y en el conocimiento y la enorme confianza en que Europa debe revelar la naturaleza americana a la mente ilustrada. En la tercera parte del texto, hay un narrador ausente; la primera persona ha desaparecido, y la vigilia y el sueño de las plantas son su único motivo de desvelo. A su alrededor, en el taller de la Expedición, sus jóvenes ayudantes, en particular Caldas, comenzaban a rumiar los textos



Virrey Pedro Messía de la Zerda, 1761-1773. (Fundación Misión Colombia, *Historia de Bogotá*, t. I, Bogotá, 1988).

que los llevarían al cadalso y en los que la naturaleza que su maestro les enseñaba a diseccionar se convertía en un patrimonio capaz de producir orgullo patriótico. Esa naturaleza era ahora patrimonio de los criollos ilustrados que podían cartografiarla, estudiarla y explotarla. Mutis, por su parte, había decidido callar para siempre. Veamos el proceso hasta ese silenciamiento.

A sólo tres meses de haber emprendido su viaje, escribe a un destinatario desconocido:

Muy señor mío: Si hubiera de ir anotando las ideas extravagantes de los hombres del país, me faltaría tiempo para apuntarlo. Parece increíble que en nuestro tiempo pueda haber un país donde sus individuos piensen tan erradamente. Yo en tales ocasiones, no hallo otro



Virrey Antonio Caballero y Góngora, 1782-1788. (Fundación Misión Colombia, *Historia de Bogotá*, t. I, Bogotá, 1988).

recurso que tomar sino el silencio, por no exponerme a unas contradicciones insoportables [...] Oír contar a estas gentes algunos efectos de la naturaleza, es pasar el tiempo oyendo delirar a unos locos [...] Instrúyase vuesamerced en el modo de pensar a estas gentes y dé gracias al cielo de no hallarse en un país donde la racionalidad va tan escasa que corre peligro cualquier entendimiento bién alumbrado. [Viaje a Santa Fe, 1991, 23]

La carta fue escrita desde Cartagena durante el primer año de visita de Mutis. También dentro del diario de aquella época se puede leer el desprecio que Mutis traía frente a los usos curativos de los neogranadinos. En esta primera parte del texto todavía escribía las fechas con rigor, describía parajes y personas, soñaba con regresar y establecía claramente la diferencia entre un “otro” y un “nosotros”. Después de algunos meses, al narrar su primer viaje a Honda, escribe:

A la hora presente (después de once meses de mi llegada) me hallo destituido de muchas cosas que contribuirían a llevar con menos quebranto las incomodidades que padece quien está fuera de su casa, pero al fin ya de cualquier modo se ha fijado el pie, hasta que Dios quiera sacarme de este destierro y colocarme en mi patria, a presencia de mi familia y amigos, a quienes divertiré largos ratos con la abundante cosecha de especies muy sazonadas. [Viaje a Santa Fe, 212]

Ya ha tomado la decisión de quedarse hasta recolectar la “abundante cosecha” que llevará de regreso a su patria, y su posición de médico todavía lo coloca por encima de todos aquellos que ve. Por largos años el diario está lleno de enfermos y llagas, en las que el médico viajero se detiene con una insistencia que choca al lector. Siempre menosprecia la manera cómo el uso popular enfrenta esas enfermedades: “otra vulgaridad no menos extendida es que el sereno causa muchísimo daño” (I, 88). Al oír que no se recoge una hierba después del sereno, exclama indignado: “¡Quién jamás oyó tal modo de pensar!” (I, 89); al transcribir una historia sobre la influencia de las serpientes en las mujeres preñadas, dice con ironía: “De estas noticias abundan los genios americanos, naturalmente inclinados a creer y referir estos prodigios; pero raro es el que juzga con mediana crítica” (I, 97). Si hemos aceptado que Mutis se presenta a sí mismo como un viajero débil sin autoridad masculina, en esta primera parte vemos cómo la autoridad del relato se la dan la ciencia médica y el conocimiento europeo. Eso lo hace superior a la circunstancia americana y lo hace juez de lo que observa.

Hay algo que sucede en el texto de manera sutil y que parece no tener mayor importancia en los estudios de este científico, pero que para una lectura del proceso que vivió el narrador del *Diario* resulta de gran interés. La autoridad del científico europeo es permanente en los juicios y las observaciones de sus enfermos; no obstante, y de manera casi imperceptible para el lector inmerso en el tedio de las descripciones de enfermos, el narrador comienza a cederle poco a poco espacio a otro fenómeno que tardó unos años en motivar al observador científico, pero, cuando lo hizo, lo transformó para siempre. El médico se dedica a observar cómo cura la gente nativa, y lo que antes le producía el más arraigado desprecio se convierte pronto en su objeto de estudio: las maneras locales de curar. Ya en 1761 escribía:

No dejé de apuntar en mi diario algunas noticias pertenecientes a la Medicina, del mismo modo que las tengo oídas de estas gentes, que diariamente las ponen en práctica, como también algunas otras reflexiones ligeras, con el motivo de varias vulgaridades que prevalecen en Santa Fe, y en toda casta de gentes. (Diario I, 87)

Continúa por meses los relatos de cómo se curan las enfermedades y picaduras de animales tropicales, y poco a poco el conocimiento local ocupa gran parte de las páginas. En un principio termina cada relato con frases que descalifican el remedio relatado, como “yo no alcanzó esas físicas” (I, 108), “noticia muy semejante a las muchas de este país y que merecen un eterno desprecio” (I, 94). Al poco tiempo comenta, a raíz de una historia que escuchó:

Me hallé en una conversación de señoras criollas, señores criollos y chapetones. En ella se vertieron varios asuntos propios de mi curiosidad. Tocándose pues el asunto de las curaciones que hacen los negros para preservarse de los daños de los animales venenosos, decía D. José Rocha que en ellas había pacto con el diablo; otros, que eran ficciones de ellos algunas acciones que hacían para encarecer al cura [...] todos los mas concluyeron que había pacto con el demonio en estas curaciones. [I, 96]



Aspecto de Santafé de Bogotá, ca. 1792. (*Caminos reales de Colombia*, Bogotá, 1995).

Esta vez el científico confiesa: “Nos faltan en esta relación muchas circunstancias, y por último las resultas del paciente” (I, 96). Poco a poco se van abandonando las condenas categóricas al saber del “otro” y, al reconocer que él no tiene toda la información necesaria, Mutis deja abierta la posibilidad extrema de que haya un pacto con el diablo. Ante un relato fantástico de gallinas y gallos monstruosos producto de un maíz particular, anota: “Raro modo de pensar, induciendo violencia a los ojos, que habrán visto lo contrario. Sin embargo, tendré muy presente la especie para averiguarla a fondo” (I, 101). Llegará el momento en el que la transcripción de todos los conocimientos curativos que va adquiriendo reflejan cierta avidez, y el lenguaje a borbotones que comienza a usar por esa época recuerda a los culebreros del Amazonas que aún recorren las calles de las ciudades colombianas anunciando con sus pregones las propiedades mágicas de la naturaleza desconocida de la selva amazónica:

Que el remedio eficaz en las mordeduras de culebra es el bejuco curare, del que suelen usar mucho en tierra caliente, llevándolo consigo para ir resguardados de este fracaso [...] Que las coyas, luego que se revientan sobre el pellejo ocasionan la muerte por el veneno introducido [...] Que la auyama vicha, esto es, no madura, soasada de manera que las tripas lo estén también, son eficaces contra la gangrena [...] Que los gusanos peludos, llamados nuches, que se crían entre cuero y carne, nacen de la picada del mosquito zancudo. Que... [I, 100]

El narrador que describe interminablemente estos relatos parece haber perdido de vista el destinatario de su relato. La familia con la que se disponía compartir “la cosecha de especies muy sasonadas” cabe imaginar que a esta altura no entendería ni el vocabulario en el que están narrados los hallazgos, tales como: “bejuco”, “vicha”, “nuches”, “zancudo”. El texto se está haciendo introspectivo; él es su propio lector y su texto es el cuaderno de trabajo donde va recogiendo informaciones para su propio



'*Klopstockia cerifera krst.*' palma que crece en la Sierra Nevada de Santa Marta y en las proximidades de Caracas (dibujo de Karsten en *Flora columbiae*, vol. I, Giorgio Antei, ed., Santafé de Bogotá, 1996).

estudio. Cuatro meses después, el médico del virrey está tan persuadido de las creencias locales, que se lanza a un experimento insólito como último recurso para probar su autoridad de científico:

*Determiné arrojar una culebra **Tatacúa**, que por espacio de unos veinte días conservé dentro del agua, para poder contradecir con la experiencia la vulgaridad tan arraigada que en todo el reino domina sobre la resurrección de dicha culebra luego que llega a sentir alguna humedad. (I, 113)*

El diario continúa de manera muy semejante por varios años. No obstante, ese rendimiento ante el conocimiento local no puede verse como un acto producto de la mera



'*Catleya labiata lindl*' (dibujo de Karsten en *Flora columbiae*, vol. I, Giorgio Antei, ed., Santafé de Bogotá, 1996).

curiosidad científica de Mutis, ya que se dio paralelo a la vinculación de Mutis con la producción en la Nueva Granada, que lo haría un hombre de cierto capital. El deseo por descubrir los misterios de la naturaleza de América fue producto de una aspiración científica pero fue también el producto de un interés económico.

En 1766 ocurre un acontecimiento importante en la vida de Mutis: empieza su actividad de minero¹⁵, en la que cifró por largos años sus sueños de prosperidad económica. Mutis había abandonado sus labores de médico del virrey y se dedicaba a sus actividades como minero y profesor. Usando las ganancias que estas actividades le generaban, Mutis logró dar comienzo, a título personal, a su verdadera vocación: la observación botánica. Ahora la naturaleza americana se convertía no solamente en objeto de estudio sino en la fuente de una riqueza inesperada para él. Es difícil determinar exactamente cómo se generó la fortuna de Mutis, que por Humboldt sabemos

¹⁵ Anota Guillermo Hernández de Alba, en la transcripción del diario, que en 1765 se había constituido en Santafé de Bogotá una compañía para explotar la mina llamada San Antonio, situada en la Montuosa Baja, integrada por varios miembros del gabinete del virrey, incluido Mutis (I, 180). Éste es el comienzo de una próspera carrera como administrador de minas que desempeñará hasta el comienzo de la expedición.



'Attalea nucifera', lámina realizada para la Expedición Botánica. (Fundación Misión Colombia, *Historia de Bogotá*, t. I, Bogotá, 1988).

era bastante grande cuando éste fue a visitarlo a Santafé, pero de la que ni él ni su biógrafo hablan. Lo cierto del caso es que la independencia económica le permitió separarse del vínculo directo con el virrey y empezar su proyecto en forma individual. En cuanto al cambio que la nueva circunstancia provoca en su subjetividad, quizá no es arriesgado afirmar que esto le permitió unirse a la sociedad de la Nueva Granada y modificar de alguna manera sus juicios. El país que antes era un lugar “donde la racionalidad va tan escasa”, es ahora el suelo que le ofrece la posibilidad de una empresa privada y la sociedad que lo nombra catedrático y lo reconoce como maestro.



'Zamina cf. muricata', lámina realizada para la Expedición Botánica. (Fundación Misión Colombia, Historia de Bogotá, t. I, Bogotá, 1988).

Cuando decide mudarse a la mina de la Montuosa Baja, retoma su diario abandonado por varios años y escribe:

Llegué a mi deseado destino del Real de la Montuosa Baja en las Vetas de Pamplona [...] Mi condescendencia en venir a este voluntario desierto, abandonando la comodidad de la corte, [...] abandonando, digo, las delicias de mi gabinete, la racionalidad y la cultura, tal cual es, la de aquella ciudad, mis intereses; ella me ha traído a conocer la miseria de las Indias, miserias verdaderamente increíbles, pero ciertas, y no ignoradas de los europeos que habitan por estas minas. [I, 179]

Mutis ha pasado pocos años en la Nueva Granada, pero sus intereses se han modificado. El narrador de su diario ha sido seducido por el modo de conocimiento americano, y el territorio le ofrece ahora posibilidades de desarrollo económico. Ante la imposibilidad de desarrollar sus proyectos con apoyo de la corona, como lo había planeado en España,

Mutis se vuelve hacia la naturaleza americana con otros ojos. Ella será ahora no sólo su objeto de estudio, sino la fuente de sustento para su estudio. Geográficamente ha habido, además, lo que podríamos llamar un desplazamiento ideológico. Santafé de Bogotá, que antes le parecía el lugar donde “peligra cualquier entendimiento bien alumbrado”, es ahora el sitio de “la racionalidad y la cultura”. El centro del saber ya no es exclusivamente Europa. El territorio de la Nueva Granada se ha hecho más complejo, e inclusive la periferia es de interés científico y económico para el botánico.

Durante los años que siguen hasta 1782, Mutis vivirá en la mina del Sapo con su amigo Clemente Páez, dedicados a la explotación minera y a una minuciosa observación de la naturaleza que se ve reflejada en un diario obsesivo en las descripciones, pero inconstante, ya que no hay entradas periódicas, como antes, sino ocasionales descripciones de algún hecho observado. Hay un gran silencio entre 1762 y 1777. Cuando retoma su diario ha dejado de hablar de las enfermedades. Las hormigas y las abejas son los únicos seres que se mueven entre las páginas que comienzan a llenarse de especies botánicas. Durante esa época decide ordenarse de cura, información que sabemos por su biógrafo pero que no se toma ni un renglón de su diario.

Pero hay un acontecimiento clave en la vida de Mutis de aquellos años que aunque no lo hace escribir en su diario, se ha convertido en un momento clave para la historiografía colombiana. Mutis descubre el árbol de la quina en las cercanías de Santafé de Bogotá, y por sugerencia suya el gobierno español restringe la exportación de la quina en 1778¹⁶. En el libro *Las quinas amargas: el sabio Mutis y la discusión naturalista del siglo XVIII* (Bogotá, 1991), Gonzalo Hernández de Alba ofrece un amplio panorama de lo que el descubrimiento y uso de la quina representó para la transformación económica de la Nueva Granada. Según él, el gobierno español tenía informaciones desde 1616 sobre un producto particularmente curativo al que en diferentes épocas y lugares se le había llamado “polvos de la condesa”, “polvos de los padres”, “polvos jesuíticos”, que eran usados para curar diferentes casos de infecciones. La Condamine describió la planta en 1738, pero Mutis descubrió su existencia en cercanías de Santafé de Bogotá y determinó que su uso en bebidas fermentadas era muy curativo. Le envió una muestra a Linnaeus en 1773, y gracias a esto Humboldt entra en contacto con él.

Mutis, al parecer, mantuvo en secreto los detalles de la explotación de las quinas por largos años, lo que finalmente ocasionó una disputa con José López Ruiz, otro botánico que reclamaba ser el descubridor de la especie en la Nueva Granada. De esta polémica se ocupa con detalle el libro *Las quinas amargas*. Lo cierto es que por algún pasaje de su informe “El arcano de las Quinas”, en el que se da toda la información médica sobre su aplicación como bebida fermentada, se puede confirmar lo que es predecible: que fueron los indígenas los que le dieron a Mutis toda la información sobre los métodos de preparación de la quina, que ellos usaban de manera diaria.

Aunque podemos asegurar que de nadie hayamos aprendido estas ideas, pretendemos apoyarlas en algunas prácticas empíricas, y en otras combinaciones de lo que tal vez harían los Indios con esta corteza, que no la hubieran ocultado tanto, a no estar confinados por una constante tradición y a su propia experiencia de los infalibles efectos de su remedio. [226]

Mutis da luego una detallada relación del proceso de fermentación de las quinas, que, como él mismo lo explica, es exactamente el que usan los indígenas en la preparación de su popular bebida: la chicha. Esto hace que el científico haga una crítica a los juicios de la ciencia europea que no pueden menos que recordar un tono lascasiano:

Conjeturamos pues que los Indios hicieron mayor uso de la Quina; y que la debilidad de los hombres en graduar de bárbaras las invencio-

¹⁶ Esta sustancia sacada de la corteza del árbol de la quina, original de América y de la que se extrae un febrífugo muy fuerte, se convirtió en una medicina muy importante durante el siglo XIX, generando un gran comercio y explotación.

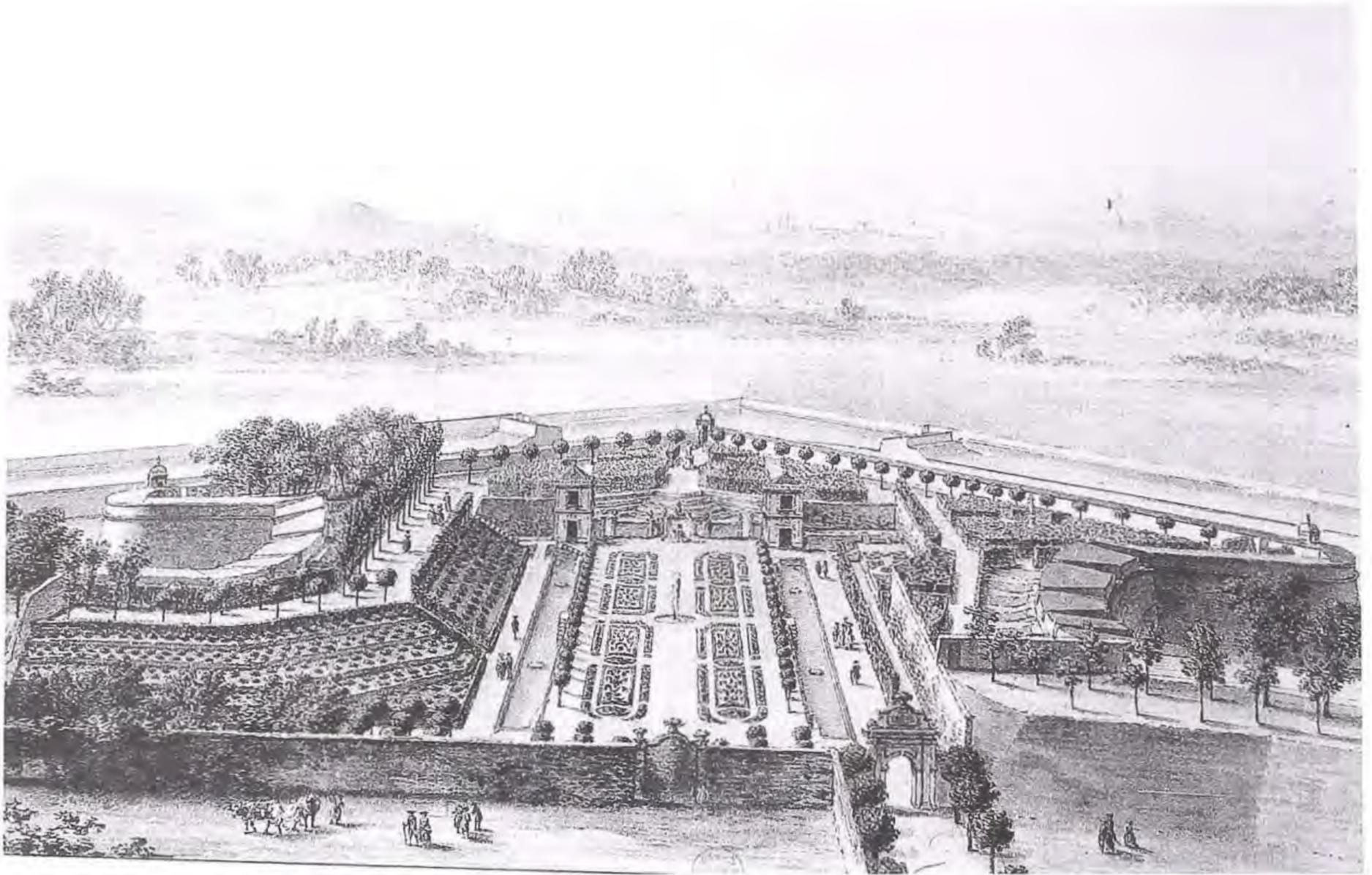


Quina *Chinchona dissimiflora*, planta descubierta por José Celestino Mutis en Colombia. (*La ruta de Humboldt. Colombia y Venezuela*, t. II, Santafé de Bogotá, 1994).

nes de los pueblos destituidos de la cultura de nuestros tiempos, con el especioso pretexto de mejorarlas, suele ponerlas en peor estado. Verdaderamente y de buena fe confesamos que no existe monumento ni tradición alguna con que pudieramos afianzar a nuestros indios inventores del remedio la gloria de haber usado la quina fermentada. [...] En estas circunstancias conseguirían por un método más abreviado [...] cuya eficacia unida a la benignidad de sus saludables operaciones, recomendaría por todos los títulos aquel apreciable secreto, que ocultaron por tanto tiempo de sus conquistadores. (Quinas amargas, 227)¹⁷.

El descubrimiento comercial de las quinas tuvo un impacto económico que modificó inclusive el paisaje. Humboldt cuenta de su recorrido por las cercanías de Santafé: “[...] en Facatativa, una aldea india en la que los habitantes comercian con la Quina

¹⁷ No es extraño encontrar en los relatos de viaje de los médicos noticias de cómo tratan de sacarles a los indígenas los secretos de sus remedios y cómo éstos se resisten a entregárselas. Es a menudo citada la afirmación del médico Francisco Hernández: “Tienen los indígenas esta planta (el chuprei) gran aprecio y ocultan sus propiedades con mucho secreto; pero con diligencia y cuidado lograremos arrancárselas”. (*Quinas amargas*, 10).

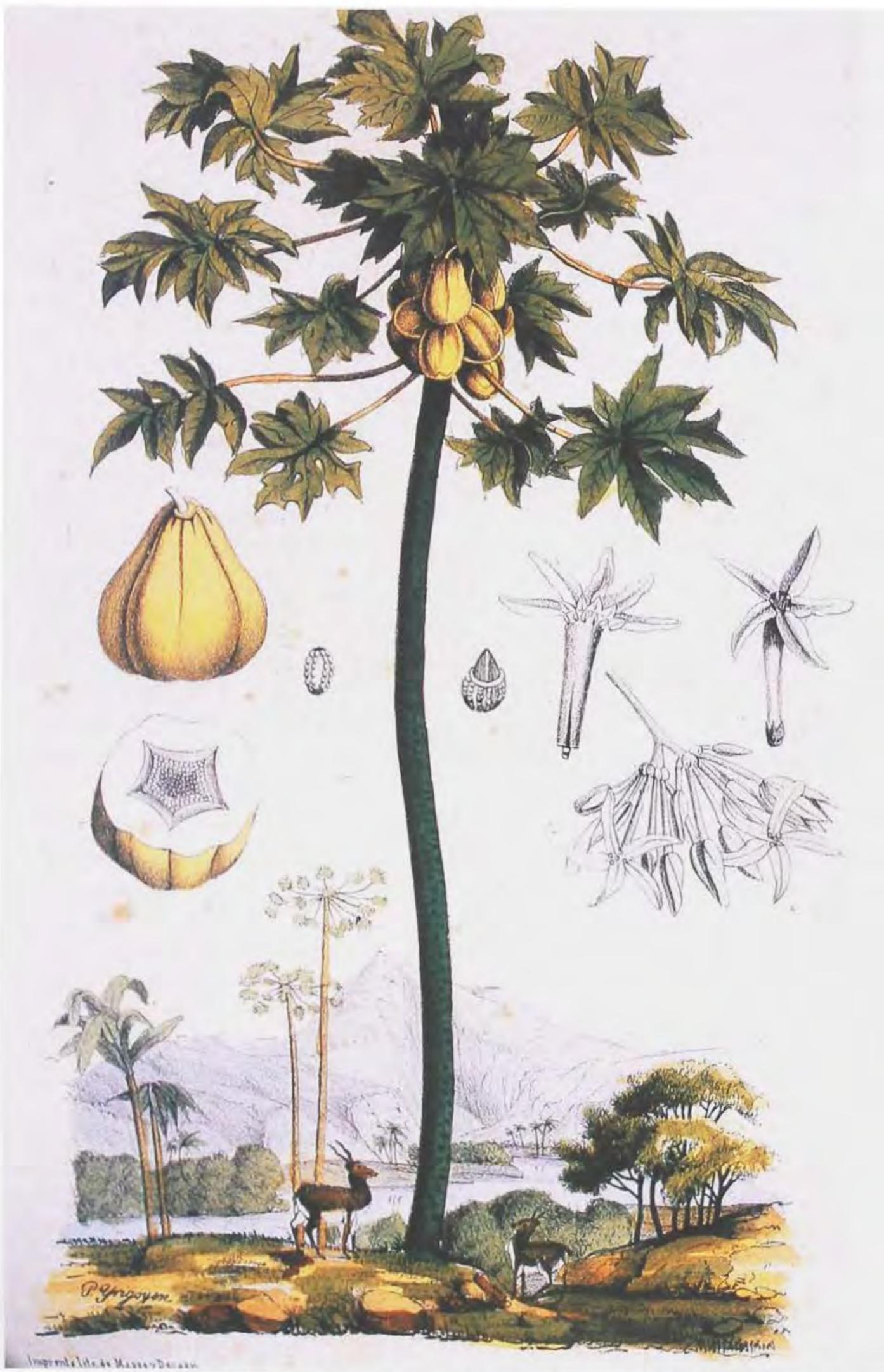


'Jardín de plantas de la Universidad de Perpignan', por Chevalier Louis Nicholas de Lespinasse (1734-1808) (Madeleine Pinault, *Le peintre et l'histoire naturelle*, París, 1990).

Chichona descubierta por Mutis, se ve secarla delante de todas las casas" (*Alejandro de Humboldt en Colombia*, 43). Entre 1801 y 1806 se habían logrado extraer de los montes de las serranías de la Nueva Granada 4.250.400 libras de la prodigiosa corteza, que, según Hernández de Alba, financiaron los últimos años del virreinato y los ejércitos de la reconquista (*Quinas amargas*, 242). Su explotación se vio interrumpida por las guerras de independencia ya que su recolección e identificación, que sólo podían hacerla los indígenas, se vio afectada por el reclutamiento de los ejércitos patriotas. "Europa sufrió hambre de Quinas [...] Tanta fue su fuerza y su necesidad que unos envíos al Vaticano se constituyeron en argumento definitivo de la diplomacia de la Gran Colombia y ayudaron al reconocimiento de su independencia" (*Quinas amargas*, 245). No se sabe exactamente si esa explotación le ocasionó a Mutis ganancias económicas, pero de hecho representó su gloria como botánico y fue el punto culminante de su rendimiento frente a la naturaleza americana, esa *Mutisia* que gracias a sus observaciones se había hecho exportable.

El descubrimiento de la quina constituyó el motivo clave de la vida de Mutis como botánico, ya que le daría reconocimiento entre los científicos europeos y de alguna manera debió de influir para que la corona le diera apoyo económico. Es también un punto culminante en su vida americana y el que le hace afirmar que definitivamente se quedará en América. En la mencionada carta al médico de Carlos IV en la que Mutis le explicaba al médico de la corte los pormenores de los descubrimientos de la quina cerca de Santafé y le refería los reconocimientos y las amarguras que había obtenido como resultado de este hallazgo, Mutis escribe como respuesta a la pregunta de si volvería a España:

Con esta resolución queda satisfecha la pregunta de Vmd. sobre mi vuelta a España en atención a aquellas gloriosas ideas que me insinúa



'El papayo', dibujado por Y. Irogoyen, litografiado por Masse y Decaen, ca. 1843. (Litografía y grabado en el México del XIX, t. II, México, 1994).

sobre reforma de las Ciencias. No, amigo mio, la edad apaga los fuegos de la juventud, de que me vió Vmd. abrasado en aquel tiempo, y mis particulares reflexiones cristianas, han cortado de raiz las esperanzas de mi vuelta. [Gredilla, 92]

Este producto fue, sin lugar a dudas, el último tesoro del paraíso del que alcanzaron a disfrutar los españoles en la Nueva Granada, y fue Mutis el que se encargó de descifrar los secretos de su uso para hacerlo apetecido en Europa. Quizá sea por eso

que mientras en Colombia se le recuerda por haber enseñado la ciencia y se le venera en una romántica estatua enredada por la naturaleza, la imagen que tienen los españoles de su sabio gaditano circula de mano en mano en el billete de 2.000 pesetas.

LAS AMBIGÜEDADES DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

Para nuestra historia del desarrollo de la subjetividad del viajero que se proponía regresar, el retiro a la mina del Sapo y el descubrimiento de la quina chichona marca el momento culminante en el cambio del narrador del *Diario de observaciones*. Mutis había encontrado en América la gloria como botánico y un lugar para realizar su gran proyecto de historia natural. En su retiro de la mina del Sapo lo encontrará en 1782 el arzobispo Antonio Caballero y Góngora, entonces virrey de la Nueva Granada. Aquel encuentro sacará a Mutis de su aislamiento científico dando comienzo oficial a la Real Expedición Botánica, apoyada ahora por la corona y amparada especialmente por el virrey¹⁸.

En 1783, Mutis retoma su diario, abandonado en algún día cualquiera de 1782, donde había dejado interrumpida la observación de algunas plantas. La primera entrada de este año se especifica con detalles:

Día 29 de Abril de 1783, martes. Después de las muchas fatigas que cuesta en estos países la preparación de un viaje destinado a los progresos de la Historia Natural, con la crecida familia de compañeros y criados, a que corresponde un abultado equipaje, salimos finalmente con destino a la mesa de Juan Díaz, sitio que elegí por todas sus proporciones para la pronta colección de productos naturales. (II, 3)

El sujeto del texto ha retomado su hilo narrativo que había sido abandonado por años. Las posibilidades concretas de llevar a cabo la expedición y la decisión absoluta de permanecer se reflejan, además, en que Mutis se siente ahora colega de los neogranadinos. Aquí empieza otro viaje, si se quiere otro texto, en el que los compañeros de Mutis son incluidos como interlocutores respetados y amados. El narrador se permite emociones profundas en la descripción de su grupo de trabajo: “es Roque tan eficaz y tan fiel” (319), Pedro y Esteban son ahora “mis observadores rústicos”, y aunque nunca sabemos de ellos ni siquiera sus apellidos, siempre los vemos entrar al salón de estudio con una mariposa o una planta intacta entre sus manos que luego empezará a dibujar Rizo, García o Matiz. Nunca se cansa de anotar la presencia de un personaje que él llama mi compañero: “Me trajo Pedro el *bejuco* llamado por mi compañero *terciopelito*” (II, 328). Mutis deja amplia constancia de que el trabajo de la Expedición Botánica fue el esfuerzo de un conjunto de botánicos, dibujantes y herbolarios, y en ningún momento su figura aparece como la portadora de un conocimiento previo e infalible. Mutis es ahora un observador que se conmueve con sus pequeños hallazgos, dejando escapar unos relatos en un tono tan íntimo que, si no supiéramos el contexto en el que fueron escritos, podrían crearnos la ilusión del verso:

*Poco después de mi salida entró Pedrito en mi gabinete, y por fortuna fue curioso y logró ver la **Mariposa** prendida por de fuera del capullo, con las alas blandas, sin poder volar. Llamó a mi compañero (y en ello tuvo la bella advertencia de traer un testigo tan abonado) y observó con puntualidad por las razones dichas, que poco antes había salido la mariposa de su capullo. Al llegar a casa me dieron la buena noticia y tuve el gusto de verla, dejándola dentro del vidrio para que allí muera, por no matarla. (II, 193)*

¹⁸ No hay que olvidar que Caballero y Góngora fue el estricto virrey que Carlos III decidió enviar a la Nueva Granada para combatir con mano dura a los comuneros levantados en todo el territorio y era además el “déspota ilustrado” cuya función era fomentar el desarrollo de las ciencias en la Nueva Granada. No obstante, es un lugar aceptado en la historiografía que bajo la Expedición Botánica se formaron los ideólogos criollos que dirigirían el movimiento intelectual independentista del virreinato.



Los naturalistas europeos coleccionaron muestras de la flora y la fauna de América del Sur, como en esta escena captada en Perú a fines del siglo XVIII. (*Le grand livre des explorateurs et des explorations*, París, 1991).

El viajero del paraíso que regresaría a Europa con más tesoros que el mismo Creso, había perdido para siempre su camino de regreso y estaba prendado de unas alas de mariposa en una meseta remota de los Andes. El 22 de agosto de 1784 escribe: “Mis diarios suministran la historia de mis errores y desengaños” (II, 441). En junio de 1785 escribe:

No es fácil hacer los descubrimientos de una vez, ni verificar lo que se sospecha. La poligamia de las plantas no se debe establecer por conjeturas, sino por reiteradas observaciones. Esto no lo puede hacer el viajero a menos de no permanecer por mucho tiempo en el mismo lugar. [II, 634]

El viaje ya no se podía justificar como una empresa de conocimiento; lo que tenía validez científica ahora era la permanencia.

De ese mismo año es su texto “El sueño y la vigilia de las plantas”, que su biógrafo considera parte de su diario y que presenta diciendo:

El estudio que presentamos, [...], si pudo tener novedad a finales del siglo XVIII, pues imitaba en parte al reloj de la Flora ideado por Linneo en Upsala, hoy carece por completo de importancia científica. [Biografía, 362]

El texto son entradas diarias y constantes en las que no existe un sujeto observador, sino tan sólo las plantas que duermen y despiertan. Su anatomía es descrita de manera infinitesimal y sus reacciones son sentidas por el escritor, con un tono lírico que más se acerca a la poesía que a la ciencia.

Hacia las diez del día (estando el cielo descubierta y el viento fresco) comenzaron á despertar algunas flores de las exandras, explicando poco

á poco sus corolas [209] [...] Medio día: De las exandras unas todavía en perfecta vigilia y otras recogiendo [300] [...] Hacia el amanecer comenzaron a esperezarse las Exandras abriéndose poco á poco, pero sin acabar de abrir los calicitos [301] [...] A las cinco (sol cubierto calma) Los cálices de todas, cerrados del todo. Observo que se han perfeccionado en estos días las semillas de las Triandras. Por consiguiente, fue mera ilusión el haber creído que sólo diseminaban en el tiempo de las viglias. [303]

El investigador y sus compañeros han desaparecido como productores de conocimiento y han sido desplazados por las plantas y sus leves transformaciones, que se convierten en personajes cuyas acciones son seguidas por la narrativa del texto. En ese lenguaje, que pareciera sensual y en el que cuesta reconocer la ciencia, termina escribiendo José Celestino Mutis. En realidad, ésta es una observación científica directa sin los juicios valorativos que acompañaban las observaciones de las primeras páginas del texto. El narrador está solo frente a su somnoliento objeto de deseo científico: la naturaleza americana que él había hecho discurso y que lo había enredado, dándole en retorno fama y fortuna.

En 1791 la expedición se traslada finalmente a Santafé de Bogotá porque Mutis cae enfermo. Allí trabajará durante 10 años más, pero no volverá a escribir en los legajos que llamaba diarios. El país vivía la conmoción de los levantamientos de los comuneros, y en 1793 la corona comienza a dudar de los resultados de la expedición que se prolongaba indefinidamente y envió a don Francisco Martínez como supervisor. Este alabó la obra de la expedición pero advirtió que Mutis estaba viejo y enfermo. En 1801 lo visitan Humboldt y Bonpland. En carta a su hermano Wilhelm, Humboldt describe la visita al venerable anciano por quien había cambiado su ruta en América y le dice de Mutis:

[...] es un eclesiástico anciano, venerable, de casi setenta y dos años, y también un hombre rico. El rey dispone para la expedición Botánica aquí mismo 10.000 piastras por año. 30 pintores trabajan para Mutis desde hace quince años; él posee de 2.000 a 3.000 dibujos tamaño in-folio que son miniaturas. Después de los Banks en Londres, jamás había visto una biblioteca botánica tan grande como la de Mutis. [Cartas Americanas, 85]

Durante los años de Bogotá se unieron al proyecto Jorge Tadeo Lozano y Francisco José de Caldas, y la expedición se amplió a los campos de la astronomía y la zoología. Había muerto parte de su "familia" de Mariquita: Roque, tratando de coger una planta exótica en Quebradaseca; Pedro Fernán, por picaduras de serpiente. De su "compañero" no se vuelve a tener noticia. En 1808 muere Mutis en Santafé. Sus discípulos continuaron su labor hasta 1817, cuando el gobierno español decidió dismantelar la Expedición Botánica y todo el trabajo de Mutis se envió a España, buena parte del cual se perdió para siempre, según su biógrafo, por la negligencia de las autoridades españolas.

Durante esos últimos años difíciles de confusiones políticas e incertidumbres, Mutis no escribió nada. Con su silencio respondió a lo que se gestaba en su taller, donde sus discípulos, todos criollos, no sólo se encargaban de continuar y ampliar su obra sino de incluir el proyecto de la Expedición Botánica dentro de la retórica independentista. En torno a la Ilustración criolla, promovida en gran parte por las instituciones y enseñanzas emprendidas por Mutis, se creó una elite ilustrada que se encargaría del liderazgo criollo en las guerras de independencia. Justamente durante esos años en que se gestaban entre sus alumnos las ideas emancipadoras, lo pintó Rizo. Pocos años después se inscribió bajo un monumento en su honor erigido en el



Naturalistas a bordo del *Beagle*, navío en el que Charles Darwin le dio la vuelta al mundo, examinan especies de animales coleccionados durante el viaje. (*Le grand livre des explorateurs et des explorations*, París, 1991).

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario: “José Celestino Mutis, maestro de hombres libres”. La conexión establecida entre la naturaleza que Mutis enseñó y la independencia había sido acuñada ya por el propio Caldas, quien escribió la nota necrológica de su maestro en su *Semanario del Nuevo Reyno*, y que puede considerarse la primera información biográfica sobre Mutis. Allí explica el deseo de Mutis por América, porque allí estaba la naturaleza: “El silencio, la paz, los bosques de la América, más atractivos sobre su corazón que la grandeza y la pompa de las cortes de España” (*Biografía*, 182). Según Caldas, Mutis había optado por la naturaleza, y ahí radicaba su gran enseñanza política, eso era lo que constituía una distancia con Europa y la corona.

[...] Por una parte se le presentaba una carrera brillante y gloriosa, por la otra una serie de trabajo, un país oscuro y colonial. Muchos días balanceó en medio de la incertidumbre, y muchas semanas pasaron antes de resolverse. ¡Con qué complacencia hemos oído de su boca las razones que le obligaron á tomar el último partido! El silencio, la paz, los bosques de la América que tuvieron más atractivos sobre su corazón que la grandeza y la pompa de las cortes de Europa.

La naturaleza, la *mutisia*, había enredado a Mutis atrapándolo para siempre. A su vez él, a través de su diario, la había convertido en discurso, dejándola como legado a sus aprendices americanos que la incorporarían a la retórica libertaria. La naturaleza americana que había venido a buscar con un objetivo ilustrado, salía ahora de las páginas de un libro y no del trópico salvaje. Ya no eran los despreciables mosquitos y ciempiés que mezclaban con amargura la victoriosa tarea del mártir ilustrado; ahora era un texto disecado que no necesitaba de un sujeto para emprender su vuelo libre de alas anchas, una mariposa de alas intactas que él dejó entre los libros, para que muriera sola, por no matarla.